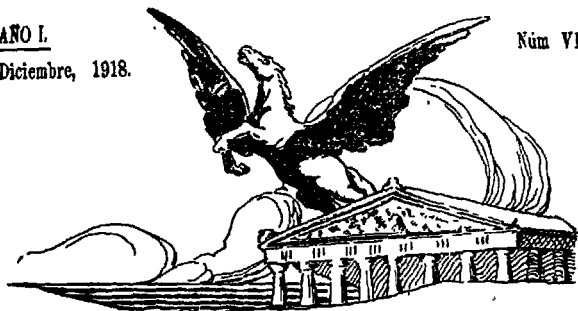


AÑO I.

Diciembre, 1918.

Núm VI



REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros

ADMINISTRACION: José López Deschamps

Dirijase la correspondencia Piedras 385, Montevideo.

Suscripción mensual \$ 0.50

## DIÁLOGOS OLÍMPICOS

Es la nueva obra del celebrado autor uruguayo, un libro al mismo tiempo de literatura y de filosofía. Pertenece a la primera por la belleza severa de su estilo, por las hermosas imágenes que lo esmaltan, por las leyendas y mitos que nos cuenta su autor, narrándolos con gracia y galanura; en una palabra, por la forma artística que vivifica y aligera con su soplo lo que de serio y profundo encierra de por sí el pensamiento filosófico que constituye su *substratum*.

Resucita Reyles en sus « Diálogos », el primero de los cuales constituye el presente libro y se desarrolla entre Apolo y Dionisos, el antiguo simbolismo griego; enriqueciéndolo, como él mismo lo dice en carta abierta publicada en « La Nota », con las modernas concepciones de la ciencia y la filosofía, y transformándolo así en la controversia secular del espíritu y la materia, erigidos en enemigos irreconciliables por las dos escuelas filosóficas tradicionalmente antagónicas.

Y este simbolismo nos agrada más por parecernos más justo que el elegido por Shakespeare en «La Tempestad»; pues en este último, la antítesis exagerada e injusta ha degradado hasta lo absurdo la naturaleza material del hombre, encarnada en Calibán haciendo del barro original la fuente de todos los males, y exaltando en Ariel el espíritu por cuyo origen imagina Shakespeare de naturaleza superior y divina.

Más equilibrados, más serenos, sin esa mística y sombría exaltación medioeval que furidó los conventos y organizó las cruzadas, condenando de una manera absoluta y sin apelación las leyes y las necesidades físicas del hombre,—los griegos, sanos de espíritu y armoniosos de formas adoraron por igual y con cultos tan extendidos en Grecia para uno como para otro, a Dionisios, la naturaleza física de la humanidad, la pasión, el instinto, las fuerzas vitales; y a Apolo, la inteligencia, la razón, el arte, la naturaleza espiritual de la humanidad.

Esta elección nos demuestra ya en el libro de Reyles, una posición de espíritu más griega que mística, igualmente favorable a las dos tendencias; o por lo menos un deseo vivísimo de buscar una solución ecuánime y desapasionada a la secular discusión entre ambos principios. Los «Diálogos» de la misma naturaleza que «La Muerte del Cisne», son como la continuación y el coronamiento de esta obra, libro inacabado y que Melián Lafinur en su notable crítica de los «Diálogos» llama tendencioso y pragmático, sin dejar de reconocer la parte intergiversable de su doctrina. Para la comprensión total del pensamiento de Reyles no será ya posible juzgar la filosofía de «La Muerte del Cisne» sin estudiar con él los «Diálogos»; en donde encontremos su natural continuación. Esta última obra, más severa, más desinteresada, acaso más profunda también, corrige lo que de apasionado y violento tiene la primera, y que le da ese carácter de granitezca desceperada, ese hondo sabor de vida, ese dilonoso y magnífico

sentimiento de sombría resolución, como si contempláramos el incendio que una mano exaltada hubiera llevado voluntariamente a las cosas más queridas, sólo por que ellas hubieran sido profanadas una vez. En esa terrible condenación de todos los Idealismos humanos, se transparente, clara, la pasión acendrada por esos mismos Ideales.

Negadas así en «La Muerte del Cisne», apasionada y violentamente las grandes aspiraciones humanas,—al menos en la forma en que habían sido defendidas por las filosofías espiritualistas, los «Diálogos» tratan ahora de reconstruirlas nuevamente, pero tomando esta vez materiales puramente humanos, y sobre la roca firme de los datos suministrados por la ciencia. Destruye, de esta manera, el antagonismo secular entre las dos naturalezas, de las cuales no es en definitiva, una de ellas, más que una manifestación superior de la otra.

Demostrado el origen común del pensamiento humano y de la materia, el determinismo universal, la identificación del espíritu con las energías del Universo, y la soberanía absoluta de la fuerza en el seno de la Naturaleza, de la que no es posible separar al hombre para hacer de él un ser diferente y superior a los demás, se presenta una dificultad casi insalvable para no caer en el grosero materialismo, y salvar sobre los débiles hombros de la humanidad, el tesoro de Esperanzas e Idealismos que constituye todo el precio,—y el único precio—de la existencia humana; tesoro tan fácil de defender desde el punto de vista de un espiritualismo sin base alguna científica, pero en lucha abierta y en abierta contradicción con los últimos postulados de la ciencia.

Una primera tentativa la realizó Reyles en algunos artículos publicados en «La Nación» de Buenos Aires bajo los títulos de «Latinismo y Germanismo» y «Las pendones de Francia», ligando ya la Guerra Actual a la vieja disputa filosófica.

La asimilación de la secular contienda metafísica con la lucha real y armada en los campos de Francia y Bélgica,—que Melán Lafinur considera como la mayor originalidad de los « Diálogos », era un paso casi obligado para la mentalidad de Reyles. En efecto, las doctrinas de la Fuerza y el Naturalismo que gozaron de mayor predicamento en Alemania y que llegaron a su más alto grado de perfección, así como a sus últimas consecuencias por los trabajos de filósofos alemanes, constituyeron el fundamento de la egolatría germana y una de las causas más eficientes de la guerra, que Reyles considera como un *pódromo* o crisis aguda de la lucha filosófica; y que fué preparada, *gestada*, lenta pero concienzudamente por todos los filósofos y profesores alemanes en el elaborar de los quiméricos sueños de dominación universal que coronaron con una ambición morbosa el edificio de la cultura germana. Esos mismos principios llevados hasta la exacerbación de la locura por la megalomanía cultivada amorosamente por toda una nación debían conducir lógicamente a los resultados que todo el mundo pudo palpar en el estallido de la Gran Tragedia.

Los peligros del naturalismo exagerado se hicieron de pronto trágicamente visibles, cuando los peligros del exceso y hueco idealismo, sin enjundia ni fundamento positivo acababan de hacerse sentir dolorosamente en anteriores y recientes fracasos.

El grito de alarma dado contra las huecas declamaciones, contra el sentimentalismo morboso, contra los antinaturales renunciamientos, fué repetido y agigantado por las resonancias de toda una nación que al desnaturalizarlo, exagerándolo, lo convirtió en una sangrienta caricatura de sí mismo.

No era posible, pues, seguir hasta sus últimas consecuencias un principio filosófico que se volvía monstruoso y tan antinatural como lo era su contrario; como no era posible tampoco volver al antiguo idealismo que destru-

yeran inexorablemente, ante la clara luz de la inteligencia, los modernos principios de la ciencia.

La mayor originalidad de los « Diálogos » está, a nuestro modo de ver, en encontrar una actitud de espíritu tal, que justifique y legitime los grandes idealismos humanos fundándose precisamente en las doctrinas aceptadas como verdaderas y reconocidas así en « La Muerte del Cisne ». Ya en « Los pendones de Francia » nos habla Reyles, de un fenómeno biológico producido en la tierra cuando era el Océano la « salada y cristalina cuna de las especies. » « Al disminuir con el enfriamiento progresivo del globo la temperatura del medio vital indispensable al progreso de los organismos existentes, la mayoría de éstos, para vivir, aunque declinando a medida que la temperatura declinaba, aceptaron humildemente la opresión exterior y se hicieron siervos sumisos de ella. Pero el vertebrado se insubordina, rehusa ponerse al diapason del ambiente que lo constriñe a someterse o correr el riesgo de morir; no acepta la ley implacable que lo condena a enfriarse y descender; lucha, se repliega sobre sí, reconcentra sus fuerzas, hace un esfuerzo supremo y por artes milagrosas crea la estupenda, la maravillosa facultad de producir calor, de mantener *dentro de sí* las condiciones térmicas primitivas y óptimas que le son favorables para vivir y prosperar, y así asciende por la escala zoológica arriba, hacia formas cada vez más complicadas y perfectas de la animalidad, mientras las especies sometidas se estancan en su evolución ascendente o retroceden hacia las modalidades más inferiores de la vida. »

Así también el hombre, se insubordina contra las necesidades y leyes de la Naturaleza que lo constriñen a abandonar sus sueños de justicia y de felicidad; eleva *dentro de sí* las fiebres de su alma y crea también *dentro de su conciencia* la estupenda facultad de producir una atmósfera moral propicia a la formación y el mantenimiento de sus sueños; el milagro de un mundo donde no

manda la cruel voluntad de la naturaleza. «Y como el vertebrado protegido por su temperatura, subió hasta el hombre, éste haciendo escudo de su conciencia, asociende hasta los seres de esencia divina y se dispone a enseñorearse del Olimpo.»

Así nos habla Apolo para justificar las pretensiones del espíritu al gobierno del mundo, aún reconociendo que en el Universo no reina la *ley del hombre*, sino la *ley de la Naturaleza* que no es Justicia, que no es Amor, ni desinterés, sino fuerza, crueldad, expansión del ser, necesidad y dominio. Pero si la Justicia y el Bien no existen en la realidad Olímpica, existen como *ilusiones voluntarias*. El hombre al insubordinarse contra las duras necesidades de la existencia y reconociendo que no existe en ellas una justicia extra humana se confina dentro de sí, y en el mundo de su propia conciencia *crea* esa justicia a que aspira y que le es tanto o más necesaria que las condiciones orgánicas para mantener y perfeccionar su naturaleza de ser superior a los demás. Sabe que esa deidad solo existe dentro de sí, pero *dentro de sí* pretende realizarla; y esa ansia suprema, esa divina locura es ya una condición necesaria a su organismo; una Ilusión sin la cual no podría vivir y que, voluntaria y todo constituye la única razón de su existencia. Suprimir esas ilusiones vitales, servidoras de la vida, es condenar a los individuos y a los pueblos a someterse a la realidad exterior, y por lo tanto a estancarse en su desenvolvimiento progresivo y aún a perecer. «Más que de verdades lógicas se alimenta la vida de ilusiones vitales. Y entre éstas la más poderosa, la más fecunda es la de establecer el reino de la equidad y la dicha en el imperio de la injusticia y el dolor.»

«Y esa ilusión, ¡cosa extraña! es lo único que le da sentido y significado a la vida, la cual en sí, no tiene significado ni explicación, y lo único también que legitima las pretensiones del ideal superior y los postulados de la conciencia que lo autorizan, insostenibles como verdades

lógicas, verdaderos y saludables como ilusiones voluntarias.»

De ahí que Pandora, personificando no ya a la Eva pérfida del paganismo, que derramó sobre el mundo males sin cuento, sino a la benéfica y consoladora Ilusión «que transforma los males en esperanzas y éstas en la grande Esperanza humana de establecer en el mando el reino de la dicha y la justicia, sea en los «Diálogos» la deidad bienhechora a cuyo influjo conquistaron los hombres su civilización «que no consiste solamente en saber fabricar instrumentos, sino sobre todo en saber fabricar ilusiones».

Legitimadas así las grandes aspiraciones humanas que son como la levadura y la sal de las civilizaciones, entra Reyles a estudiar en la contienda humana actual el papel desempeñado por Francia y Alemania dentro de la historia del mundo.

Francia encarna y simboliza esas grandes aspiraciones, «la tendencia niveladora, el racionalismo, el ideal humanitario». Es la encarnación viviente de las *fuerzas lácidas* que luchan desde los albores del mundo por dominar a las fuerzas ciegas representadas por Germania.

«Germania—según Dionisos,—representa la tendencia aristocrática, el naturalismo político, el darwinismo social». Penetrada de la soberanía universal de la fuerza, Alemania ha transformado en dogmas políticos los postulados desoladores de la biología, «si la existencia es lucha y predominio del más fuerte entre los individuos; se ha dicho ella misma por boca de sus *juubers*, si la justicia es solo la voluntad del vencedor impuesta por la fuerza, legítimo es fortalecerse y conquistar por la fuerza el dominio del mundo. «Por las espaldas de sus profesores Germania dice: el derecho, la libertad, la justicia siempre han sido el legado de la fuerza triunfante y ésta la forma perenne de la voluntad divina... la crueldad es más noble y generosa que la piedad porque sacrifica

el presente al futuro, el hombre al super-hombre, el individuo a la especie. La inteligencia es solo la mano obediente de la voluntad, el alma una sirviente sumisa de la vida, el bien una forma amable del egoísmo. »

« Lutecia por las innumerables bocas de sus pensadores artistas y vates, replica—aseveró Apolo—la justicia no existe ni en la tierra ni en el cielo, pero tiene un altar en la conciencia humana; reconozco la voluntad de la Naturaleza, pero en las cosas humanas no la acepto y erijo frente a ella la *voluntad de conciencia*; el fin de la civilización no es el hombre superior, sino la dicha común y la superioridad de todos los hombres; más alta virtud que la fuerza es la gracia; más noble don que el pensar, el sentir; más fuertes los derechos del hombre que los derechos del más fuerte. »

Así continúa la controversia entre el dios del instinto que defiende lo que de bueno pudo tener la cultura germana y el dios de la inteligencia, paladín esforzado de Lutecia, heredera indirecta y discípula predilecta de Palas Atenea.

Si la justicia según Dionisos no es sino una forma de la fuerza, no hay porque suponerla superior a ésta.

En ninguna contienda ni entre los efímeros ni entre los dioses ha imperado jamás la justicia del vencido. Es el vencedor quien impone su código, y éste constituye la única justicia. A lo que responde Apolo: « Existe una razón esencial, Dionisos: la justicia va unguida por la grande esperanza humana, la fuerza, nó. »

Pero lo más admirable en esta divina controversia es que reconociendo Apolo el valor y la verdad de las observaciones de Dionisos, más comprensivo y más ecuaníme al fin que el dios taumaturgo, aprovecha de ellas para dar a Lutecia la alta misión de incorporarlas a la conciencia humana.

« Germania dice Dionisos—no posee el don ni la gracia, pero posee la ciencia y la fuerza que no son cosas despre-

ciables. » Pues bien, Francia se apropiará de esos buenos elementos de la cultura germánica y asimilándose los hará provechosos a toda la humanidad. « Su don de simpatía y universalidad siempre supo humanizar y revestir de formas amables los feroces instintos de dominación.

« Despojados de sus principios tóxicos, limpios de *bismarquina* y *spurios* los caldos de la kultur serían acaso un gran reconstituyente para la sangre un tanto anemiada del latino. »

« La misión histórica de Francia en el drama actual no es tanto poner trabas y diques a la invasión de los bárbaros cuanto asimilarse primero y convertir después en levaduras morales los principios, las doctrinas y los métodos que le dieron a Frusia el poderío material. »

Aún tendríamos mucho más que agregar sobre este libro hermoso y original. Hemos tratado en este breve ensayo de destacar lo que para nosotros resulta más interesante: 1.º la justificación de un sano y vigoroso idealismo partiendo de los principios científicos que no pueden ser desconocidos y sin apelar para nada a un principio superior y divino como lo hicieron hasta ahora las religiones y filosofías espiritualistas; y solamente con ayuda de las *ilusiones voluntarias* cuyo papel en la conservación de la vida no se había hecho notar hasta ahora con tanta fuerza y claridad y esa *insubordinación del vertebreado* que se transforma en el dominio espiritual en *voluntad de conciencia*. Y 2.º el papel asignado a Francia en esta lucha de cuatro años que acaba de terminar con el triunfo del derecho; papel que aún no ha concluido de desempeñar y cuyo desarrollo no nos es dado pronosticar. Una nueva era se prepara para el mundo, en la cual serán sin duda alguna Francia y los Estados Unidos los que dictarán las nuevas tablas de valores humanos que empezaron a gestarse en las trincheras y a las cuales dió forma y voz la palabra austera y desinteresada del Presi-

dente Wilson. Pero el drama no ha concluido aún con el armisticio que se acaba de firmar.

La lucha de las armas ha dado tregua; la magna lucha de las ideas empieza recién a perfilarse y su desenlace final no nos es posible vislumbrar.

Nadie se aventura aún a hacerlo. El caos en que se encuentra envuelta Rusia y que amenaza invadir como una ola gigantesca a muchas naciones de Europa, la gestación de nuevas nacionalidades que nacen a la luz, tímida o audazmente y los problemas de la post-guerra para todas las naciones prometen acontecimientos trascendentes preñados de inesperadas consecuencias. Lo que el porvenir nos reserva es un misterio aún.

Entre tanto admiremos en el nuevo libro de Reyless la belleza soberana de su estilo y las profundas y originales reflexiones que lo esmaltan, vestidas con los galanes ropajes de una prosa castiza y moderna, elegante y musical. En él asienta Reyless definitivamente su idealismo « que no es como lo quiso el espiritualismo, raquílica planta de estufa, flor de trapo, apariencia sin vida, sino árbol potente, nutrido por las raíces con los jugos vitales del mundo, nutrido por las hojas con los elementos eternos del éter azul. »

LUISA LUISL.

## VIEJAS QUINTAS

*Lírico encanto de las quintas viejas,  
En una fabulosa lejantía  
Siento en mi corazón como te alejas  
Envuelto en brumas de melancolía.*

*En una vibración de medias tintas  
Se vé el encanto gris de los pradiales  
Númenes de las cosas patriarcales,  
Al mismo tiempo que las viejas quintas.*

*Sólo surge su extinto señorío  
Como en una sutil niebla nocturna,  
En la reminiscencia taciturna  
De algún pobre cantor, hondo y sombrío.*

*Acendrando las vagas añoranzas  
De ese distante encanto solariego  
Rediviven las íntimas romanzas  
Tenues, como el perfume del espliego.*

*La sugestión del patio hospitalario  
De las abuelas casas coloniales,  
Que dieron al hogar originari  
Oro de aroma y sombra de parrales.*

*Esoe rancias casones gentilicias  
Desde donde irradió la maravilla  
De la es:ripe civil de los patrios  
En la adde: inicial, noble y sencilla.*

*Sólo el adusto soñador alcanza  
Esa muda emoción de encantamiento,  
Que echa un poco de agraz a la esperanza  
Y otro poco de azul al sentimiento.*

*Y sólo suyas son las confidencias  
Líricas, de los jardines olvidados  
En la grave oquedad de las ausencias,  
Y el éxtasis de los muros encantados.*

*Y de esos bancos de mohosa piedra  
De los viejos idilios romancescos,  
Que están amortajados por la hiedra  
Fantasmales y miliunanochescos.*

*Del encanto de luna y de diamelas  
De esas ventanas de herrumbrosas rejas,  
Allí donde sonaron las vihuelas  
Y el dorado timbal de las abejas.*

*Allí donde volcara sus paletas  
El genio de la gracia femenina,  
En la decoración de las macetas  
Y el pétalo que en iris se ilumina.*

*Desde cuyo atalaya embalsamado  
La eglógica visión de los paisajes  
Trajo el lujo floral de su brocado  
Y el fantástico orfeón de los follajes.*

*Hoy pesa una total monotonía  
En el parque dormido entre la sombra;  
Sobre el fosco jardín en agonía  
La hojarasca final tendió su alfombra.*

*Y discurren los genios espectrales  
Sobre el tumulto de las hojas muertas,  
Junto al escombro gris de los portales  
Y en las callejas negras y desiertas.*

*Lirico encanto de las quintas viejas,  
En una fabulosa lejanía  
Siento en mi corazón como te alejas  
Envuelto en brumas de melancolía.*

JOSÉ G. ANTUÑA.

## ARTISTAS, HOMBRES...

Ver el mundo al través de tan malos cristales como son los libros, poner literatura donde debes poner vida, amar la existencia no la existencia en sí, sino en las flores que de ella se desprenden, tal amar una catedral gótica no en la armonía serena de la piedra de donde brotó, alta y delgada como una aspiración al cielo, sino en la flechecilla de su torre o en la encajería de una de sus pilastras, esa separación que tu haces entre tu condición de hombre y tu condición de artista, te producen ¡anémico hombre de arte!, te producen eso que tu llamas hastío, desengaño, eso que suena triste en el collar de tu poesía, esa nota que sabe a sollozo en tu música y esa sombra que pone espectro de muerte en el poema de luces de tu cuadro. Artista, hombre. ¡Y acaso el ser artista impide el ser hombre? ¡Y acaso el ser artistas ha de poner en vosotros, mozos de veinte años, mozos que bien pudierais andar, desnudo el cuerpo, agreste, sencilla, ingenuamente desnudos corriendo en la persecución de las mozas por los caminos asoleados, saltando por el torrente, el agua hasta la cintura, caracoleando los potros indómitos, todo vosotros, todos vuestros músculos cantando crepitantes orquestas a la vida, teñidas de sol vuestras mejillas, duros al esfuerzo del fierro vuestros brazos, acaso el ser artistas ha de haceros señores de la tuberculosis, la muerte lamiendo ya el invierno precoz de vuestros veinte años, el sol un enorme dios irónico ante vuestras miserias, y vuestro arte, arte que debiera ser sol, arte que debiera ser sangre y vida, ha de hacerse arte desesperado y melancólico como para un Hamlet de un país polar, recitando el verso, arran-

cando la nota y contemplando el cuadro junto a un enorme cementerio amortajado de nieve, como otros copos de nieve blanqueando los huesos en la noche, ni la mas leve yerbecilla indicando la vida en aquellas soledades, la luna arriba como una tísica absorta?... Artistas, ¡y acaso el artista ha de absorber al hombre, acaso el artista no puede ser un hombre, todo un hombre como dijera el corso conquistador al contemplar alto como un roble de la Selva Negra, sereno como un mármol griego, fuerte como un germano de los tiempos de Augusto a Wolfgang Goethe, ¡Y Wolfgang Goethe era un artista; Y artista que toda una edad, edad de los viejos sabios en los cuartos oscuros, de los demonios que a media noche traía a los sabios de los cuartos oscuros piedras filosofales y elixires de vida, edad de los infolios en letras miniadas, de grandes guerras, grandes misterios y grandes heroísmos, se hizo en aquella mano olímpica la síntesis gloriosa de un poema. Primero fuimos hombres que artistas, lo que primero fuimos es lo que somos, lo primero es el edificio, lo segundo los frisos que bordaron de belleza al edificio. Primero esté la base firme que resista los látigos del viento y el remesón del terremoto, luego velemos por las rosas del friso. Y si nuestra condición esencial es la de hombres, vamos a dejar que se derrumbe nuestra vida, que nuestras venas se agüen, que el edificio se agriete, gastada la energía en repujar el friso? Ante el mundo, ante los otros hombres, ante la raza, ante esos viejos ancestrales por donde vino corriendo como por un cauce de fuerza la esencia que nos dió vida, no vamos a dar cuenta si entramos por la peñala de todas las bibliotecas, si de nuestras manos salieron los versos perfectos como estatuas, mas si si supimos domeñar como si fuera un potro este potro piafante que es la vida.

¡Que fuisteis? — tiene derecho de preguntarnos el mundo. — ¡Fuimos hombres habremos de decirle. — Y si además de hombres fuimos artistas, ha de ser mayor la

loanza que nos dé el mundo, la loanza del señor que dejó al criado tierras de labrantío que cultivar, y halla que el criado no solo cultivó las tierras de labrantío y fecundó de frutos su vientre negro, sino que también formó con supremo cuidado un bello jardín, ante la tierra de labrantío que es nuestra vida; un jardín que la embellece y la perfuma es nuestro arte.

¡Artista del siglo, artista que ves pasar tus días por un caleidoscopio de torturas, deja los verdes ajenos de la taberna que te enferman! ¡No sientes lastimado tu orgullo, cuando ves pasar frente a tí, esos hombres altos como los cedros, la sangre retozándole en el cuerpo que van gozando de la vida como si fuesen cajas absorbedoras de sol, fraguas de aire, y sentirte tu ante ellos bosquejo de hombre, oruga palidecida ante las alas tremantes de la mariposa?

Imita a los artistas antiguos que a pesar de que tenían en el espíritu un jardín, tenían en el cuerpo un fecundo huerito, formaban veinte hijos, esgrimían las armas como tu esgrimes la pluma, toda fiebre y toda tisis, se quebró ante la muralla de su fortaleza, nunca cojieron las veredas del suicidio, y caían, como caen por su propio tronco gastados los árboles de dos siglos en los bosques seculares. ¡Que estás enfermo, que sientes que el mal como una tarántula hambrienta va llevándose la buena sangre de tu vida, que exiguo tú de fuerza, débil ha de ser tu arte espejo de tí mismo. Pues no al vano halago de hacer arte débil sacrificies el holocausto precioso de tu vida. Abandona ajenos de la ciudad que dan artes huecos. Busca el sol: desnúdala y recíbelo como una ablución de vida. Lánzate en la catarata, que el agua enrollándose como una sierpe por tu cuerpo, te cálmara los nervios que te enferman. Mozo de veinte años, persigue a las mozas. Doma potros. Cúrate, sánate, sé hombre.

MARIANO PICÓN SALAS.

Mérida, (Venezuela).

## EL OFRE DE LAS RUINAS

*En el rocío sumiso del hastío  
llegó montada mi alma hasta la puerta  
donde me espera el desencanto frío  
de mi esperanza para siempre muerta.*

*Ni un momento he podido de mi mente  
borrar la evocación de nuestra historia.  
¡ Toda la vida llevaré latente  
tu memoria tenaz en mi memoria !*

*La voz de mi canción tu nombre clama  
y este clamor me embriaga como un vino.  
¡ Mujer, muero de sed ! Mi boca en llama  
no halla una sola fuente en el camino !*

*De una cerrada noche soy la sombra.  
Huye la luz, muere la flor, ninguna  
boca de amor ni de piedad me nombra;  
las noches de los pobres son sin luna . .*

*¡ Recuerdas nuestro amor ? Tornura suave,  
néctar exento de lascivas gotas.  
Sólo es oían en la blanca nave  
suspiros truncos y palabras rotas.*

*En las divinas horas del amor  
guiaba nuestros coloquios una estrella;  
era un ojo de Dios abierto por  
vernos, a mí tan triste, a tí tan bella !*

*¿Ya dónde te hallaré? ¿Y en qué camino  
te buscaré sin alas y sin gloria,  
cargando, como a un muerto, mi destino,  
con tu recuerdo hundido en la memoria?*

*Yo evoco aquellas horas que a tu lado  
pasé, doradas horas de poesía.  
¡ Oh música sublime del pasado,  
que es lo mejor! Después melancolía,  
siempre melancolía . .*

*Este cofre que guarda de tus cosas  
cartas y flores blancas—el perfume,  
tiene la honda tristeza de las fosas.  
¡ Viejo amor, loco amor que me consume!*

*Él es mi anhelo, muerto como un hombre;  
él es mi voluntad y mi ambición;  
él es lo que me queda, el dulce nombre  
tuyo y un gran dolor de corazón.*

*Es el copón dorado donde guardo  
lo que no puede fenecer de ausencia:  
¡ el recuerdo punzante como un dardo  
clavado al corazón de mi existencia!*

*Mujer, con esta mansa pesadumbre  
para adorarte seguiré marchando;  
último trovador que urde en su cumbre  
un largo ensueño que lo va matando . .*

*La aurora pronto me ha de herir los ojos.  
Y en la alegre mañana florecida,  
aún lloraré por tí, puesto de hinojos  
ante las viejas ruinas de mi vida!*

SEGUNDO BARRERO.

## PAUL VERLAINE

La lectura de unas poesías de Verlaine insertas en una revista literaria, me ha sugerido las impresiones que exteriorizo en estas páginas, sobre el espíritu luminoso de este alto romero y su obra de excepción, preñada de exquisito sentimiento poético. Adúnase a esta dulce evocación del alma del poeta de Lutecia, mi admiración ilimitada hácia su genio literario y el conocimiento que por medio de escritores ilustres, he hecho de la vida y la obra del divino cantor de «Las fiestas galantes».

Paul Verlaine, contemporaneamente a la plenitud de su hiperestesia creadora hacia una vida dolorosa, enladándose junto al arroyo y como una paradoja inadmisibles, su alma en medio a él erguiase ungida por la belleza. A pesar de la vida angustiosa, llena de incidencias mortificantes que sufrió Verlaine, su núnem jamás decayó, ni se debilitó la llama de su energía creadora, ni se insensibilizó la urdimbre de su sensorio. En el hospital y en su vivir de lírico vagabundo la extraordinaria facultad que poseía para musicalizar los sentimientos, fué la misma, idéntica emoción de lo bello e idéntica inquietud de quimeras ansiaba aquel espíritu que ostentaba la grandeza lumínica de los astros.

Paul Verlaine fué antes que otra cosa y por encima de todos los dolores humanos y de todas las injusticias que lo atormentaron un temperamento superior predestinado a concretar en la forma rítmica las mas hondas y exquisitas expresiones sentimentales. Y como tal, fué impotente para neutralizar el vértice de las pasiones bastardas, de las inevitables fatalidades de la materia,

que abatieron su vida donde florecía constantemente el ensueño de la belleza. Leyendo las admirables poesías de su libro «La Buena Canción», este poeta revélanos en la plenitud de su genial interpretación del ritmo oculto de las cosas. Es doloroso pensar que un espíritu como Verlaine haya sido vilipendiado y obscurecido por sus contemporáneos y que mientras los mediocres conquistaban posición y renombre en la patria de Lamartine y de Saint Victor, este poeta, el más grande de toda una generación, creador de una escuela literaria, iniciador, con el modernismo de la renovación poética, que ha trascendido hasta nuestros días fuera condenado a vagar como un réprobo, falto de pan y de sosiego, premiando en esta forma la noble virtualidad de su talento y de su ensueño.

A pesar de su vida tan pródiga en dolores morales y desesperanzas, Paul Verlaine, fué un aeda sutil y exquisito, que lograba emitir en sus versos todo el sentimiento que atesoraba en el ánfora griega, que encarnaba su alma. Aunque su psiquis tuvo momentos de exteriorizaciones morbosas, era el poeta de la belleza dulce y quintescenciada y jamás experimentó en la creación estética los agudos desequilibrios que torturaron la vida y traducen las obras del extraño y contradictorio poeta de «Las Flores del mal».

Gómez Carrillo, escritor de prosa alada y diáfana, nos ha narrado en un libro inefable, episodios tristes, de un amargo desolamiento, de la existencia deplorable que sufría Verlaine poco antes de sobrevenirle la muerte en una casa de las inmediaciones de París, donde pasó sus últimos años el poeta extravagante y genial. Y en esas páginas donosas y serenas, que integran el libro «Almas y Cerebros», vemos reflejada en forma fragmentaria, la vida inquieta y desventurada del delicado poeta que fué amigo del juvenil Catulo Mendés y que compuso en horas de dolor y de exaltación emotiva las gemas de «Canciones para ella».

Del vivir complejo y accidentado de Paul Verlaine, se han bordado diversas historias, que por ser historias en algo acordan con la realidad. De sus curiosas aventuras cítase por sus biógrafos, una que tiene contornos de tragedia íntima. El poeta tenía un amigo a quién prodigaba franca y leal amistad y con quién compartía sus sueños de arte en una boharda destarada donde habitaban. Una noche, el poeta saturniano, que era místico y sacrilego a la vez en un acceso de delirio alcohólico, hirió de un tiro por la espalda a su más querido amigo, sin haber mediado entre ambos altercado ni violencia alguna. Ese amigo, también glorioso en las letras francesas se llamaba Jean Arthur Rimbaud.

Aquella impulsividad de Verlaine llevólo a la carcel por largo tiempo y en esa mansión sombría y repulsiva fué donde gestó su espíritu iluminado las más bellas y perdurables concepciones.

Oscar Wilde, el poeta refinado y erótico, que fué amigo de Verlaine, según la afirmación del delicioso autor de «Grecia» que compartió con ambos, cuando todavía adolescente, ensueños de belleza en los cenáculos de París, admirábalo y compadecíase de la bohemia desordenada en medio a la cual languidecía el cuerpo enfermo y se extinguía la prodigiosa inspiración del soñador y del libertino.

Espíritus como el de este poeta, son excepcionales en toda una generación de cultores eminentes de la belleza rítmica. Encepcional por su naturaleza esencialmente emotiva, apta para las exteriorizaciones del sentimiento más puro, pleno de musicalidad y excepcional por el acervo de angustias y de desazones que al igual de los antiguos estetas griegos gravitaron sobre su vida, digna de más altos designios venturosos. Verlaine fué uno de esos privilegiados temperamentos que ostentaba sobre su frente amplia y radiosa, signada por el genio, la visión de las cosas intangibles y la llama maravillosa de las concepciones eternas.

WIFREDO PL.

## RUMBO INCIERTO

*Igual, por ejemplo, que pequeñas naves  
en el mar inmenso de la vida, estamos.  
Y a pesar de tantos gestos serios, graves,  
vamos donde el viento quiere que vayamos!*

*En el mar inmenso diciendo ¿ por qué ?  
En el mar inmenso preguntando ¿ a dónde ?  
; Y siempre burlada nuestra escasa fé !  
Nada comprendemos ! Nadie nos responde !*

*Entre la borrasca aves de ala rota,  
en el mar inmenso naves sin timón.  
El ideal se esfuma, la ilusión se agota  
y alforja de angustias es el corazón !...*

*A veces sintiendo que hay dentro del pecho  
dulces ruiseñores de dulce cantar,  
—y a veces temblando de ver en acecho  
muy cercanas, fieras de espantoso aullar.*

*Y van nuestras vidas por el mundo, a tientas,  
perdiédas en medio del hondo misterio...  
Elevando ruegos entre las tormentas !  
; Sólo cierto habemos algún cementerio*

*donde nuestros huesos—nuestros pobres huesos—  
en tanto que un frío glacial los taladre  
sin amor, ni rosas, ni estrellas, ni besos  
se pudrirán, mientras algún perro ladre...*

MARCO MENÉNDEZ.

## EL « SALÓN » DE BELLAS ARTES

DE BUENOS AIRES

Hace ocho años que el Salón Nacional de Bellas Artes abre sus puertas con la entrada de la primavera, y tanto se ha habituado a él nuestro público que cada año, con el reventar de las flores, se le espera ansiosamente, como un nuevo retoño del alma nacional.

Año tras año, aumenta, sin embargo su desprestigio, Por no hacer excepción a la regla, nuestra Comisión Nacional de Bellas Artes es de una incapacidad a toda prueba, y anualmente consigue, con el fallo de sus premios y la elección de sus adquisiciones, la deserción de buen número de artistas de mérito, que abandonan la exposición oficial, al verse desplazados por la ignorancia de sus autoridades. En el « salón » de este año la Comisión ha llegado a la nota escandalosa en sus veredictos, al punto de que es lícito dudar, aún de su buena fé, habiéndose acreado la hostilidad de tan numeroso grupo de artistas, que hace peligrar la misma existencia del certámen, con la amenaza de su abstención.

Esta animosidad contra las autoridades incompetentes se advierte fácilmente sólo con recorrer la lista de los expositores de este año. Abundan, y probablemente han de formar mayoría, nombres de artistas que inician recién su carrera artística. Circunstancia que si rebaja notablemente el mérito intrínseco de la exposición, y pone en evidencia que existe un núcleo grande de descontentos, que deliberadamente no concurren, tiene en cambio la ventaja de renovar el ambiente y dar mayor homogeneidad al concurso.

En este sentido el «salón» de este año señala una etapa en nuestro desenvolvimiento artístico por la gran cantidad de jóvenes, hasta ayer desconocidos, que se le han incorporado, y, justo es reconocerlo, en forma muy honrosa y harto promisoro.

Esto no obstante se han exhibido en todas las secciones, obras de positivo mérito que complace entresacar del conjunto chato y mediocre:

López Nagnil, espíritu inquieto, desigual y atormentado, se asienta y serena en «Laca China», acaso la nota más interesante del conjunto por lo que significa como promesa y porque, a pesar de las fallas de ejecución que un análisis minucioso podía señalarle, es una obra sólida, admirable de composición, en la que priva el elemento decorativo, magistralmente interpretado.

Thibon de Libian que ha conseguido sus mejores triunfos siguiendo a Degas, acaso demasiado de cerca, presenta dos telas de esta tendencia que intrínsecamente, constituyen el envío descolante de la exposición y que han de perdurar en nuestro arte, entre las mejores obras de su época.

Vigo, joven artista que canta en sus obras la vida del arrabal porteño, es sin duda la personalidad más fuerte de su generación. Despreciado por los jurados oficiales, por el público y la crítica, Vigo no conoce las caricias de los premios, las adquisiciones ni los elogios. La lucha contra dificultades de todo género y contra la indiferencia, que tornan casi trágica su vida de artista, no es obstáculo suficiente para que cada año nos presente un par de telas de extraordinaria espontaneidad que hoy nadie aprecia, y tal vez mañana se busquen afanosamente.

Francisco Vidal, joven pintor cordobés, se presenta por vez primera. Su autorretrato, deficiente de técnica, pero fuerte de emoción, revela en él un gran temperamento y lo señala como alto exponente, entre el núcleo de jóvenes que en la ciudad mediterránea, trabaja entusias-

amente en diversas manifestaciones intelectuales, sin otro estímulo que la propia confianza en el triunfo.

Emilia Bertolé, delicado espíritu femenino, que año tras año se sostiene honrosamente entre los puestos de avanzada, expone una intensa cabeza ejecutada al pastel, o que la crítica se ha empeñado en saludar como «un Carrriere», y ello podría ser cierto—guardando las distancias,—por lo que a la técnica respecta, pero nunca en cuanto a la obra en sí, en la que sólo alienta el alma de la artista profunda y apasionada. Reverso de esta cabeza serían las grandes acuarelas de Soto Acebal, artista extraordinariamente habilidoso para conseguir al agua aspectos de óleo, que realiza obras de mucho efecto en las que no anima sentimiento alguno.

Centurión y Petrone, abandonando la pintura de taller, nos han traído del norte de la República, varias telas ejecutadas a pleno sol, en las que los tipos característicos de la región han sido admirablemente tratados en su propio ambiente, venciendo con gran maestría todas las dificultades de la crudeza de su luz. Si bien ambos compañeros de trabajo, han hecho obra, de suyo interesante, no creemos que deba ser considerada definitivamente. Dentro de algunos años,—y ello es lógico esperarlo dadas las grandes condiciones demostradas siempre por los dos artistas,—estas obras que ahora nos entusiasman, sólo han de marcar una etapa de transición entre dos tendencias artísticas.

Si Navazio ocupa la vanguardia en el paisaje, Prins nos resulta aún más interesante, por lo que en su carrera artística significa el afianzamiento dentro de una tendencia determinada que señala, al parecer, una ruta definitiva, dentro de la cual ya ha realizado una obra de verdadero mérito intrínseco que lo coloca entre nuestros mejores paisajistas.

Marteau sigue acentuando cada año su dominio de la paleta y es, sin duda alguna, una de las esperanzas más

fundadas de nuestro arte, por la extraordinaria riqueza cromática que caracteriza sus telas, enriquecidas además por la fina sensibilidad con que sabe arrancar a la naturaleza sus secretos emotivos.

Vena, Raimundo y Chinchella Martín, son tres figuras descolantes del paisaje en nuestro medio y no me es posible omitir sus nombres a pesar de la rapidez con que apuntó estos recuerdos procurando sintetizar todo lo posible, en mérito a la brevedad.

Dentro de la sección escultura, siempre menos interesante, se destacan las obras de Leguizamón Pondal, Sibelino, Fioravanti y Falcini, que salvan por sí solas el prestigio del conjunto.

Comencé a escribir estos apuntes con el propósito de no citar nombre alguno a fin de resumir mis impresiones, sin embargo, ellos han comenzado a brotar espontáneos, llamados por la persistencia de la emoción que sus obras me produjeron y, a riesgo de incurrir involuntariamente en antipáticas omisiones, he preferido dejarlos para que, a falta de otro, tengan estas líneas el mérito de la espontaneidad. Y no me sería posible cerrarlas, sin rendir tributo al recuerdo de Sivori, al venerable maestro hace poco desaparecido, cuyas obras que nunca faltaron en el «salón» figuran por última vez, como homenaje póstumo.

FRANCISCO DE APARICIO.

Buenos Aires, Noviembre de 1918.

## LOS POEMAS HUMILDES

### ABANDONO

*No tener mas amigos que las flores y un perro  
y en las tardes un libro, a la hora del jardín,  
dejar que nuestro espíritu se fugue de su encierro  
y vivir, locamente, una errancia sin fin.*

*Olvidarse, por siempre, del marfil de la torre;  
beber leche de ensueño, gustar pan de emoción,  
y mirar a la vida como un río que corre  
y embellecer la joya viva del corazón.*

*Recostarse en la almohada de un seno, infantilmente:  
sentir que en nuestras venas la sangre es transparente  
y las manos se juntan serenando la frente.*

*Olvidar el pasado. No esperar otro día.  
Pensar que siempre el perro nos hará compañía  
y en nuestra pobre tumba ladrará una elejía!*

### MADRIGAL DE OTOÑO

*Otoño, hermano mío, que has rodado  
en el fracaso de las hojas secas  
en los nidos deshechos que han temblado  
y en el crujido de la puerta vieja.*

*Otoño aristocrático ? ¿ qué vientos  
han traído tus manos ? ¿ qué locuras  
hierven en tus ingenuos pensamientos ?  
¿ Por qué el parque se dora de amargura ?*

¿ Por qué has traído en este siglo XX,  
en esta tarde amoratada, ambigua,  
un madrigal sereno, de otro ambiente,  
el oro noble de una tarde antigua ?

¿ Por qué las tardes de las alamedas  
que palidecen, como corazón,  
se sutilizan y se tornan sedas  
para un motivo de decoración ? .

## ÉGLOGA

Mi soledad cobarde se torna conjiada  
y creo en la serena amistad de las cosas:  
admiro como un niño un ocaso, una alzada  
y olvido las espinas para adorar las rosas.

El manzano sencillo dorado de crepúsculo,  
este poblacho humilde y manso, me han vencido:  
me exaltan los objetos mas pobres y minúsculos  
y tengo la inocencia de los recién nacidos !

Me olvido de las altas y doctas academias:  
aquí nadie me habla del club ni el ateneo:  
los pájaros me cuentan errabundas bohemias  
y en las mañanas claras, como en un libro, leo.

Eternamente el mar preludia con el río  
un poema que nunca soñarán los maestros:  
y todo es tan amable, tan sereno y tan mío  
que se duerme el lebrél de mi hastío siniestro. .

El olor a obras viejas es fragancia de heno,  
son casitas de alerce la arquitectura grase:  
olor a pensamientos humildemente buenos:  
olor fragante a nido y pluma simple de ave.

El bosque, como verde y viva biblioteca,  
repasa las parábolas de las puestas de sol,  
enseña a amar las hojas y las raíces secas  
y a poner en las cosas serenidad y amor.

Hombres: acaso pude creer que moriría  
sin hacer con vosotros una vida trivial:  
hoy vivo como un pájaro y amo mas cada día  
las cosas que perfuman de amor mi soledad !

R. MEZA FUENTES.

Ancud, ( Chile ).

## GIRÓN DE NIEBLA

( Cuento )

Acababa de despertarse, de recobrar la conciencia de de sí misma, y no quería moverse, como si anhelara eternizar aquella laxitud enervadora que sumiéndola en los limbos de lo inconsciente le producía la ilusión del no ser en que ansiaba esfumarse. Adivinaba, sin abrir los ojos, que la indiscreta luz del día, entrándose por los intersticios de la ventana que caía al Oriente, animaría los impalpables átomos que poblaban la atmósfera de su alcoba, y no quería ver la luz, temerosa de advertir como palidecería y desmayaría al encontrar silenciosa y sola la cuna del ser que todas las mañanas agitaba los bracitos al sentir al través de los párpados rosados y ténues la luminosa caricia del sol . . .

Era aquel nido vacío, mudo e inmóvil, que la ponía espanto: era la desolada soledad de aquel dormitorio que la obligaba a apretar los párpados cual si pretendiera aislar el pensamiento de las sugerencias del medio o evitar que se escapara de la cámara sensorial la imagen del ángel adorado que no había de calentar más nunca la silenciosa cuna, que, como en días mejores, permanecía arrimada a su lecho . . . Aquellos ojitos azules en cuyas pupilas sorprendía la infeliz un reflejo de la mirada acariciadora e irresistible del que la había hecho desgraciada; aquella boquita hechicera cuyas mieles endulzaban todas las amarguras de su vida: aquellos bucles áureos en que se envolvía la cabecita más hermosa que Dios podía crear, sólo había de verlos *mirando para adentro*, abstrayéndose

de la realidad, viviendo en la penumbra, ensimismándose para siempre. No recordaba cuantas horas iban transcurridas desde que arrancáronle, casi violentamente, el vergonzoso fruto de su único amor en la tierra, para escondérselo quien sabe en que rincón anónimo del cementerio, y, cumplida la obra de misericordia, nadie quiso acordarse de la mujer indigna que tuvo el cinismo de prostituirse y de mostrar—simulando la serenidad y la firmeza de la mujer bíblica,—el pecado de su prostitución sin rubores ni escrúpulos de delicadeza social. En verdad, ella había provocado las iras de las falsas virtudes, de la dignidad convencional, del honor acomodaticio, enorgullecándose de su falta, sonriendo a la prueba de su degradación como si tuviese á poco llevar en los labios el dejo de los pétalos ajados y en el fondo de sus pupilas de obsidiana el secreto de los misterios del amor. Su estoicismo frente a los desprecios del mundo, su resistencia a las humillaciones vergonzantes, eran un insulto que no podían tolerar las púdicas matronas que quizás habían pedido prestado el cendal que dejaron en su alfeizar de desposadas; que tal vez no ofrecieron al tálamo otra virginidad que la simbólica de los azahares que les sirvieron de diadema en el día de los redentores conubios . . .

¡Ay, Dios! Mal sabían ellas que no era descaro su entereza: mal sabían ellas que aquella energía retadora era artificial e insostenible: mal sabían ellas que lo erecto del busto, y el trictus de los desdenes, y la mirada desafiadora no eran otra cosa que armas de defensa con las cuales pretendía abroquelar el ser querido a quien la sociedad había de morder haciéndolo responsable de una falta que no era suya . . . Ahora que la muerte piadosa había librado al inocente de las venganzas sociales, ahora que no tenía necesidad de defenderlo de los desprecios del mundo, podía distender los nervios y olvidar las fingidas soberbias para llorar mucho, para llorar siempre aquel

pedacito de su corazón que había sido la florescencia de todas sus ternuras de mujer, su sueño mas hermoso, hecho carne blanca y rosada . . . Por él hubiera seguido desafiando todas las malevolencias, saltando todos los escollos, conjurando todos los peligros, sonriendo a todas las amarguras de su abandono. Sin él no valía la pena de vivir y por eso se dejaba estar en laxitud casi voluptuosa, apretando mucho los párpados para no ver el escenario de su felicidad desvanecida, rebelde a las necesidades fisiológicas, perdida la noción del tiempo, empeñada en no dejar que adurmiera una sola de sus tristezas íntimas, mariposeando con el pensamiento por los umbrales de la idea fija . . .

JOSÉ A. TRELLES.

## DE UN LAGO DE AMÉRICA

*¡ Oh lago !*

*Copa de esperanza, copa de consuelo.*

*Enorme pupila verde*

*Que entrañas un miraje de silencio.*

*Enorme pupila azul*

*Que te impregnas de cielo*

*En un extraordinario flirteo con el Eter.*

*¡ Oh lago !*

*Copa de la dulzura,*

*Augusto, silencioso, apaciguado. .*

*Eres como el lema de la buenaventura*

*Pegado quién sabe por que manos*

*Sobre la rugosa frente de la Tierra.*

*Tiene algo de monje,*

*Monje meditativo,*

*Sacerdote de paz*

*Que vistiendo casulla de color Esperanza,*

*Rezas en el murmurio de tus ondas*

*El dulce « Padre Nuestro » de un culto panteísta.*

*Poema de molición,*

*Cuna de lo apacible,*

*Ojo con que la Tierra asoma sus miradas  
hasta las estrellas.*

*Circunvalado espejo en el que se refleja*

*El ritmo cadencioso que los astros*

*Dibujan en el Eter.*

*¡ Oh lago !*

*Joya de esmeralda*

*Engarzada en el pecho de mi América.*

*Porque eres solitario,*

*Porque eres taciturno y eres individual,*

*Y porque vives sólo, sin precisar de nadie*

*Que sea de este mundo,*

*Y no tienes contacto con arroyos ni ríos;*

*Eres como un Señor fluvial y mitológico,*

*Que bebes en la copa de las nubes*

*El agua que en tu cauce*

*Se azula en sideral aristocracia.*

*A veces se me antoja*

*Que sufres la tristeza de un río fracasado,*

*Y sin embargo nunca pensaste en que pudieras*

*Ser caudaloso río,*

*Porque surgiste lago y te conformas,*

*Filosoficamente,*

*Con ser lo que bien eres.*

*¡ Oh lago !*

*Enorme pupila azul que se impregna de cielo*

*En un extraordinario flirteo con el Eter;*

*Eres como un lema de bucnaventuranza*

*Escrito quién sabe porqué manos*

*Sobre la curva frente de la Tierra.*

FERNÁN SILVA VALDÉS.

## GLOSAS DEL MES

EDMOND ROSTAND.

Edmond Rostand cuya inesperada muerte ha enlutado a toda la humanidad, era actualmente, y perdonemos el señor Gabriel D'Annunzio, el mas alto representante de la moderna poesia latina.

No es su obra muy vasta si se la compara a la de alguno de sus contemporáneos, pero en cambio es de calidad superior y no hay ni uno solo de sus libros en donde no se siente la noble aspiración de llegar hasta las cumbres mas altas de la belleza por los caminos mas rectos e incontaminados.

Fué un poeta sobre toda las cosas, un poeta absoluto. No deja, que sepamos, ni un solo libro en donde no impere el lenguaje rítmico, a pesar de que en discursos, cartas y comentarios nos revela que sabía manejar la prosa diestramente.

Es que era el verso su medio natural y toda su obra desde « Les Romanesques » hasta « Chanteclair » parece una fronda encantada en donde, ya la alondra del ensueño, ya las palomas evangélicas, ya el gallo de cresta roja y erguida, símbolo del indomable orgullo galo, ya la garganta profundamente humana de « Cyrano », desgranaban sucesivamente sus arpegios líricos. . .

Ha muerto Rostand a los cincuenta años, en pleno vigor cerebral y cuando era dable esperar todavía frutos ópmos de su selecto espíritu. No hace tres meses aún, « El Diario del Plata », que ya nos había hecho conocer « Los Pirineos » otro bellissimo canto del poeta, divulgó uno de sus últimos poemas : « El Cristal ».

Poniendo su lira al servicio de los atos ideales por los que su patria batallaba, Rostand canta de un pacífico ciudadano francés a quien las leyes arrastran a la guerra y hacia ella va sin sentir esa embriaguez patriótica que hace gritar a sus camaradas. Recostada la frente en el cristal de la ventanilla el forzado soldado se conserva silencio, mientras dentro del vagón que lo conduce a la trinchera todo es tumulto y frenesí. De pronto el alba llega y ante los ojos del guerrero comienza a surgir la tierra francesa. Ve sus campañas, sus arroyos, sus aldeas, sus ganados, sus molinos, sus catedrales, y al fin siente lo que es la patria y comprende que no es posible que

aquellos deje de ser francés. Este argumento tan sencillo está desarrollado con tal fuego en la frase y tal intensidad de sentimiento que sin duda alguna ha ayudado a templar el alma de acero de los *poilus*.

Su célebre soneto a la catedral de Reims en donde agradece al salvajismo teutónico haberle dado a Francia, tierra de maravillas, lo unico que esta no podía enseñar a los peregrinos, es decir, las gloriosas ruinas de un Partenon, revela la superioridad de su espíritu. Otro hubiera solo atinado a maldecir, a blasfemar del invasor, él apartándose de los bajos odios, dominando sus gritos, hace sentir a los bárbaros la eternidad de su ignominia y al mismo tiempo ofrece a su patria desventurada tal sublime consuelo que hace casi bendecir el dolor.

Estas dos poesías, las últimas que de él se conocen en América, revelan que Rostand conservaba la chispa divina en todo su esplendor. Su obra ha quedado trunca, pues; pero como Epaminondas pudo alejarse de la vida con la seguridad de que deja hijos inmortales. « Les Romanesques », « La Princesse lointaine », « La Samaritaine », « L'Aiglon », « Chanteclair », difícilmente serán olvidados por los hombres; pero aún admitiendo la posibilidad de que estén destinadas a no ser un día mas que figuras decorativas de bibliotecas, hay una de las producciones de Rostand que desafiando épocas, doctrinas y orientaciones, vivirá la eterna juventud de las obras maestras. Se adivina que nos referimos a « Cyrano » esa flor excepcional del jardín lírico francés.

Forjado en bronce y granito inmortal, « Cyrano » mirará inmutable, pasar los años y los siglos sobre su enorme nariz, sobre sus fanfarroneas gasconas, sobre su ironía, sobre su talento de poeta y, sobre todo, sobre su dolorido amor sublimado por el martirio de un sacrificio único.

#### LA SEGUNDA CONFERENCIA DE PARRA DEL RIEGO.

Volvió a deleitarnos este poeta peruano desde el escenario del Instituto Verdi.

El Panamericanismo Literario fué el motivo de esta su segunda conferencia que, mas que nada, sirvió para revelarnos una vez mas el fuego prodigioso de su verbo y la intensidad lírica de su temperamento.

Parra del Riego no es un conferenciante en el sentido estricto del término, es decir un hombre que pueda desarrollar fría y serenamente un tema determinado. Conspiran contra ello sus alas de poeta que no pueden permanecer por mucho tiempo inmóviles. Así, al menor motivo se las vé violentamente agitadas y contra su deseo tal vez,

lo obligan a extraviarse en altísimas lejanías, de tal modo que cuando sudoroso de ese violento galope lírico desciende a la llanura, enmudece un instante, alisa con la mano izquierda, en un gesto habitual, los cabellos que el vuelo frenético había revuelto y no es sino con un visibles esfuerzo que se le ve encontrar la senda abandonada.

Pero al revés de lo que acontece generalmente son estas mismas desorbitadas ascensiones las que hacen encantadoras sus conferencias; por manera que el auditorio casi no hace caso de la esencia del tema que desarrolla por estar esperando con ansiedad el momento de sus arrebatos.

Así confesamos que de su segunda conferencia pronto podrá borrársenos lo que nos dijo sobre el Panamericanismo, pero difícilmente se nos esfumará el onadro, pasmoso de vigor, que nos pintara de la tierra americana, cuando a la grupa de su Pegaso, nos hizo admirar el caudal de sus ríos, el tumulto de sus cascadas, la música de sus frondas, la « mirada triste » de su lago Titicaca, el llano infinito de su pampa, la mole inmensa de sus Andes, por donde los ojos arrojados al conjuro mágico de sus palabras vieron pasar a los heroicos ejército libertadores, allá, en aquellos buenos tiempos, verdaderamente Panamericanos, donde en todos los pechos de este Continente no había mas que un solo ideal de fraternidad y libertad. . . .

Concurrencia f. . . . Cuando veíamos el salón tan vacío que apenas si cobijaba a tres docenas de oyentes, nos vino a la memoria el recuerdo de aquella conferencia que sobre Teófilo Gautier, su maestro, pronunciaría un día en el Ateneo de Bruselas Carlos Baudelaire.

Menos afortunado que el poeta peruano, el gran lírico francés no consiguió atraer con su prestigio a media docena de personas. ¡ Al final ya no eran mas que dos !

No obstante esa indigencia de espectadores, el milagroso orfebre de « Flores del Mal », dejó correr el caudal divino de sus palabras, con el mismo fuego que si allí, a su frente, toda Bruselas estuviera oyéndolo.

Baudelaire dijo luego que en esa conferencia había obtenido un éxito desconocido hasta entonces.

Un comentarista del poeta exclama analizando ese juicio: ¡ su potencia de optimismo desarma ! No, no había exceso de optimismo, ni dolorosa ironía seguramente en las palabras del poeta francés: Baudelaire quiso decir sin duda, que jamás había estado tan satisfecho de sí. Lo demás nada le importaba.

Igual cosa pueda decir también Parra del Riego de su segunda conferencia.

JOSÉ PEDRO VARELA.

Fué inaugurado el 14 el monumento a José Pedro Varela.

Se ha dicho que entre todas las caídas, entre todas las debilidades, entre todas las claudicaciones, de los tiempos negros de la dictadura del Coronel Latorre nada afectó mas a Juan Carlos Gómez que la capitulación de Varela.

El, decía, ha llevado todo cuanto se puede llevar, hasta el apellido. ¿Que era esta capitulación, esta renunciación inmensa e increíble? Era que José Pedro Varela, que había tenido los mas acerbos reproches para el Dr. Ellaurí, su amigo, cuando aceptó para ser presidente de la República al voto de una fracción política que no era «totalmente» la suya; él que había motejado a aquel hombre ilustre con los calificativos—unidos—de Tartufo y Melgarejo; Varela que había sido en Buenos Aires redactor del implacable «10 de Enero» periódico que sería la sombra del motin del 75, Varela había, puesto después, bajo la égida de la dictadura sangrienta y compadrona, su gran obra de reforma educacional...

\* \*

Pues bien, en todo esto que afectaba de modo tan íntimo al honesto romántico de los bellos tristes ojos, yo he querido encontrar la mayor grandeza moral de José Pedro Varela, un rasgo superior, una faceta, la mas pronunciada acaso, de una bellísima talla intelectual.

Enamorarse de una causa, de una obra, de un ideal, cruzarse con la insignia de una noble empresa y ofrecerle, al fin, el sacrificio de la vida, dándole el cuerpo vencido irremediabilmente por la fatalidades de nuestra propia naturaleza lamentable, es noble cosa.

Pero me resulta de mas grandeza ejemplar, en cambio, la grandeza del que sacrifica en los altares del ideal—por alto que sea—ese tesoro sin precio de las convicciones honestas que arraigan en el fondo íntimo de nosotros en carne de corazón y en profundidad de entrañas, y que siente al hacerlo, a su alrededor vacío de máquina neumática y nota frialdades inesperadas y vé rostros vueltos y siente palabras a medias que traspasan...

\* \*

Y en la hoguera del Moloch crepitante y nauseabundo de la dictadura, humeante de despojos humanos, aquel hombre superior, que tenía todo que conservar, «hasta el apellido» arrojó, en un acto de supremo sacrificio, su fé principista....

Pero la obra se salvó.

JOSÉ M. FERNÁNDEZ SALDAÑA.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«Páginas de Crítica». — Por MIGUEL ANTONIO CARO. — Editorial América. Madrid 1918.

La prestigiosa casa editorial que en Madrid dirige Rufino Blanco Fombona se ha propuesto difundir la obra literaria de los más notables escritores continentales. Miguel Antonio Caro, no podía ser excluido de ese certamen de literatos, pues ostenta títulos verdaderos, para figurar junto a las personalidades mas representativas, de la intelectualidad americana. A. Gómez Restrepo agudo crítico, prologa la obra de Caro, estudiando en forma extensa con sutil penetración todos los atributos y virtudes, que hacen del autor de «Páginas de Crítica», uno de los exégetas más acatados de nuestro continente. Miguel Antonio Caro, a quien conocíamos desde las páginas de la prestigiosa revista «América» aparece en estos ensayos como un espíritu sereno y ecuaníme, dueño de gran erudición y de un estilo abundoso, rico en giros de expresión, así como de modernidad y equidad en la interpretación de los valores literarios que juzga. Destaca del volumen referido dos notables estudios uno sobre Andrés Bello, poeta y pedagogo de altos méritos, y otro sobre Julio Arboleda el político y orador colombiano, cuyo nombre tiene una noble reonancia en la gloriosa patria que libertó Bolívar. Miguel Antonio Caro ha logrado con su estilo hacernos conocer, en su verdadera valía la obra fecunda, realizada por esta dos esclarecidos espíritus, verdaderos hombres representativos de la América colombiana. Caro tan ilustre, como los patriotas a quienes con fervor estudia, es mercedamente exaltado, por su prologuista, el que a la vez revela su talento crítico original y gran independencia de juicio. — W. P.

«Cuentos de la Selva». — Por HORACIO QUIROGA. — Cooperativa. Buenos Aires, 1918.

El gran cuentista, dedica esta bella obrita a los niños. Son cuentos que hizo para sus hijos y que merecen bien los honores de que se los declare lectura en las escuelas. Estas narraciones de animales entretienen y enseñan. A veces emocionan. De todos los géneros de literatura, es el cuento el más difícil. Con el cuento infantil son muy pocos los escritores que han podido imponerse. Quiroga no imita

a ninguno de los que hoy pasan por maestros en materia de narraciones infantiles. Es él. Olvidado de que sabe hacer historias para hombres, llenas de dolor, de pasión o de misterio, se pone a describir fábulas que ha concebido mirando quizá las cabecitas tempranamente pensativas de sus vástagos. Y en un lenguaje llano—llano hasta lo familiar, sin caer nunca en lo ramplón,—nos describe aventuras de serpientes, arduos de los flamencos, tribulaciones de los coatis, pesadumbres de una avejita haragana. El libro es siempre aleccionador y a veces poético.—V. A. S.

« **Triptolemo y el Campesino** ». — Por F. ARBOLEYA Y ARBOLEYA, Salto 1918.

En un breve y pulcro volumen el Sr. J. Arboleya y Arboleya ha publicado una parábola que titula « Triptolemo y el Campesino ». La forma a veces nos resulta un poco descuidada, lo que resta eficacia a la realización literaria de la pequeña obrita. En contrario a la forma, el concepto es claro y bello. Implica una saludable lección de idealismo, de amor a las cosas bellas, de estímulo a esa labor superior, que es el perfeccionamiento moral del individuo. En este sentido la producción de Arboleya, merece sinceros encomios. Ostenta el librito en cuestión, para dar actualidad y novedad al motivo de la parábola, la siguiente hermosa sentencia: « Dad un sentido nuevo a las historias viejas », con lo que ha logrado el autor ofrecernos un elevado pensamiento, no exento de originalidad.—W. P.

« **Florencio Sánchez** ». — Episodios de su vida por MIGUEL VÍCTOR MARTÍNEZ 1918.

Este folleto, escrito y compuesto con esmero, revela la afectuosa admiración de un joven escritor culto, por el más grande dramaturgo que pudo admirar América: el Shakespeare y el Marlowe, a un tiempo, del teatro rioplatense, como ha dicho Emilio Frugoni con toda propiedad. Sencillamente, Miguel Víctor Martínez refiere ocurrencias que pintan al bohemio genial de cuerpo entero. Le presentan rebelde y tierno a la vez. Mas, en esta obra, figuran también apreciaciones críticas, lo que da importancia al opúsculo, que pasa a ser uno de los tantos documentos apreciables, dignos de que los tenga en cuenta quien haga ese estudio detenido y amplio, a lo Taine, que la producción valiosísima de Florencio Sánchez aguarda todavía.—V. A. S.